

manifiesto que estamos iluminados por la luz de Lutero. Hay elegidos, sí, pero no hay victoria sin ética.

Sin embargo, el personaje secundario más interesante es Hagrid, el gigante silvestre que no pertenece a ninguno de los dos mundos y puede circular libremente por ambos. Este curiosísimo elemento, asexuado y borrachín, es el único que escapa al Evangelio y actúa como la turbina motriz del relato. Prácticamente todos los sucesos tienen lugar gracias a él (o por culpa suya) y es la causa inconsciente de la acción, aunque carece de responsabilidades. Como Eros, provoca innumerables líos, pero él nunca se ve involucrado. Es una partícula copulativa sin capacidad para copular. Su grotesco amor hacia los

dragones añade una nota de humor extraña a este cuento tan respetuoso con la tradición anglosajona. El lector del primer volumen no sabe nada más acerca de este gigante que convive con centauros y unicornios, sólo adivina que es una interpolación pagana extravagante y que lleva segundas intenciones.

La habilidad de J.K. Rowling para distribuir las piezas de la partida y enseñarnos las reglas del juego garantizan un desarrollo pausado y creciente. A pesar de haber introducido un elemento trivial (el deporte del Quidditch), la carga fúnebre del primer libro es muy potente. Harry irá acercándose a la verdad («esa cosa terrible y hermosa», como la llama el profesor Dumbledore), es decir, al co-

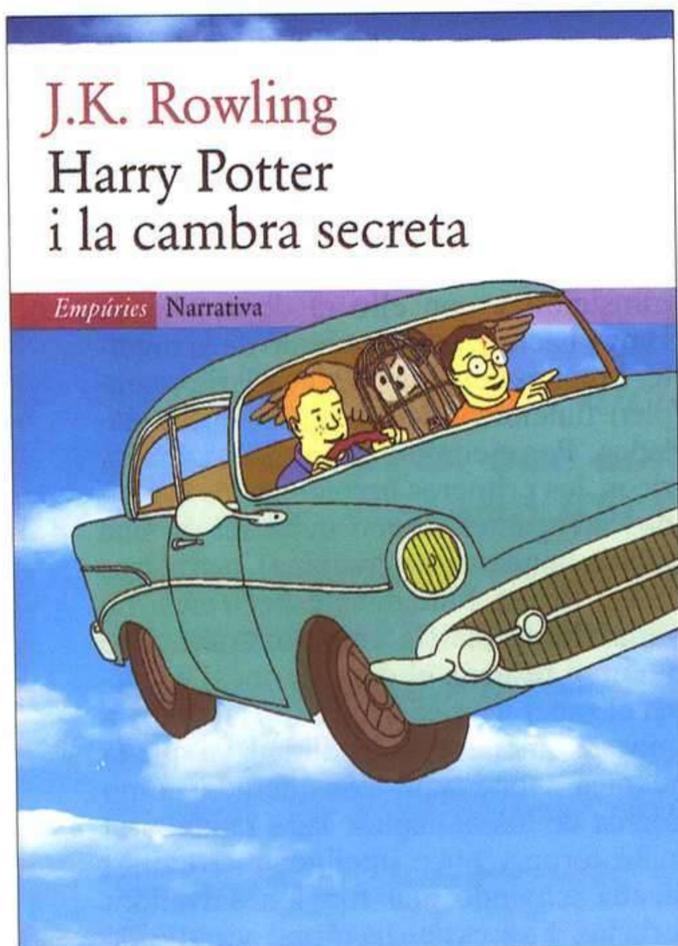
nocimiento de su desaparición futura, con el perpetuo presente de los que ya han muerto y le saludan desde viejos espejos y fotografías. Su obligación es demostrar que posee la valentía necesaria para saber. Y esa valentía es lo que debe ponerse a prueba en las entregas sucesivas hasta alcanzar el conocimiento.

De todos modos, Harry va a necesitar más inteligencia que coraje porque la muerte sólo asusta a los idiotas. Como dice Dumbledore, «para una mente bien organizada, la muerte no es más que la siguiente aventura». Harry Potter es un héroe absolutamente positivo y uno se siente orgulloso de él. ■

* Félix de Azúa es escritor.

Entre la admiración y la decepción

por Gonzalo Moure*



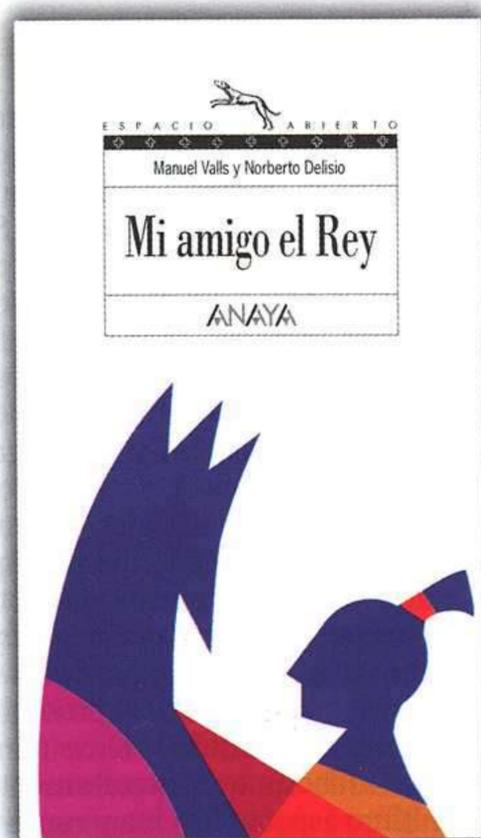
No creo que quepa ninguna duda de que va siendo hora de empezar a hablar de Harry Potter, más que de J.K. Rowling. Es muy propio de nuestra sociedad del escaparate que se escriban artículos y artículos sobre la autora, y ninguno sobre el libro. Sabemos que Rowling estaba en paro, que empezó escribiendo para entretenerse, las ediciones, los millones de libros vendidos... El cuento de hadas hecho carne y cuenta corriente. Pero nada, a excepción de vagas referencias al argumento, se dice sobre el libro. O más exactamente, nada se profundiza en el libro. Estará de acuerdo conmigo el lector en que es absurdo. Quienes reclamamos una crítica profunda de la LIJ, siempre que el libro lo merezca, solemos oír respuestas curiosas, cuando no insultantes. Pero se refieren a

libros como los nuestros, supuestamente de menor cuantía, que no parecen merecer más allá de una reseña elogiosa y superficial. Sin embargo, el caso de Harry Potter es totalmente distinto. Son millones, en el mundo, los niños que están descubriendo la literatura a través de sus aventuras y, aunque aquí las cifras parecen ser mucho menores, el fenómeno es también notable. Ése es el primer aspecto interesante del personaje de Rowling, algo que la literatura, y todos nosotros, debemos de agradecer.

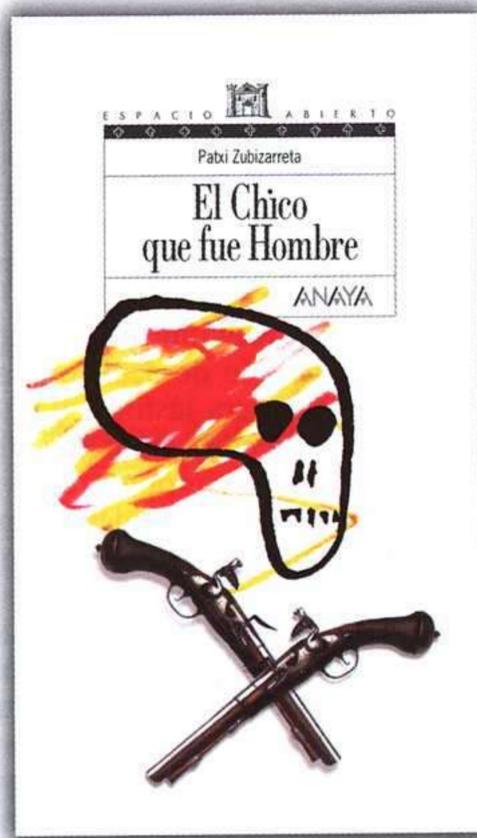
Una obra convencional

Si en nuestro caso, en mi generación, fue Guillermo el inductor, la generación que se está empezando a meter en el hor-

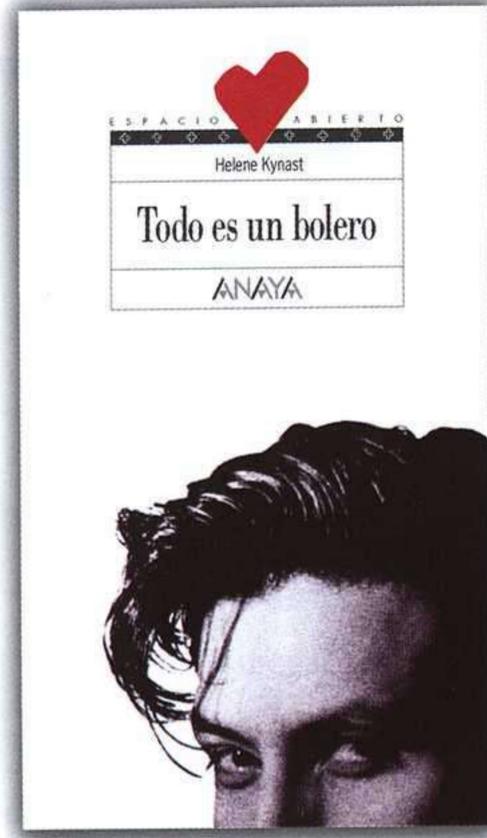
Una colección con edad de partida,
pero sin edad de llegada.



Manuel Valls y Norberto Delisio



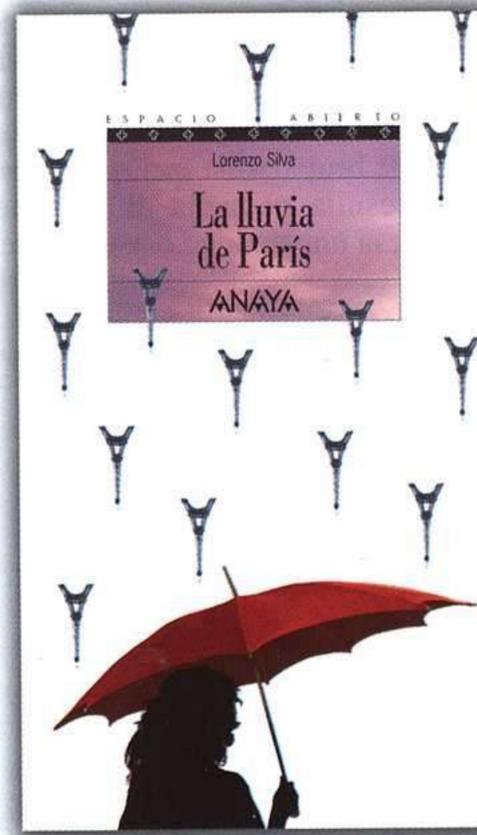
Patxi Zubizarreta



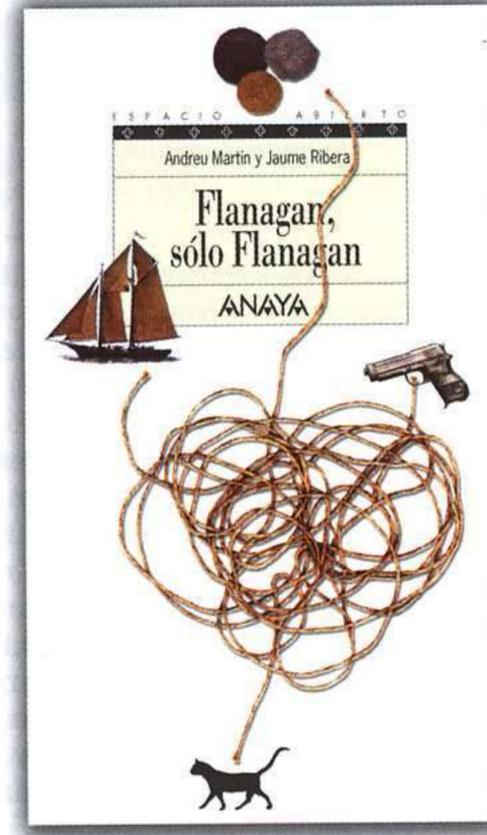
Helene Kynast



Paco Climent



Lorenzo Silva



Andreu Martín y Jaume Ribera

Espacio Abierto





La afamada y multimillonaria
J.K. Rowling, madre de Harry Potter.

no ahora, tendrá a Harry Potter en la memoria para siempre. El segundo aspecto interesante es la creación de un mundo. Los que escribimos novelas sabemos lo difícil que eso es. Hay pocos Macondo, Región, Tierra Media... Rowling, de un plumazo, lo creó: el mundo paralelo de los magos, una sociedad sumergida con sus reglas, sus leyes, su universidad... Me dice Carlo Frabetti que conoce varios precedentes, que es un tema tan recurrente como el de la máquina del tiempo. Es cierto, pero eso no le quita potencia al mundo de Harry Potter. Sólo he leído el libro que inició la serie, pero ese mundo ya existe para mí. Desgraciadamente, los aspectos interesantes, a mi juicio, se acaban ahí. Los problemas empiezan muy pronto, una vez devorado el primer capítulo, el único que se mantiene a la altura de la propuesta global.

Dejando aparte las debilidades estructurales de la historia, como el mismo hecho de que Harry sea dejado en el seno de una familia *muggle* (denominación de los humanos vulgares) particu-

larmente reaccionaria y horrible, siendo nada menos que el mesías de los magos, y en medio del mar de los azares, sin aparente temor a que sus previsibles poderes mágicos le descubran, tanto a él como a toda la sociedad secreta, la imaginación de Rowling parece apagarse bruscamente. He de decir que es, para mí, una verdadera lástima, y que lo lamento como lector, como amante de los mundos literarios propios, como «vividor» de las otras realidades que propone la gran literatura. Deseaba que Harry Potter me hiciera suyo, que me ganara para el milagro de la espera ansiosa del nuevo volumen. Pero no lo logró. Sobre todo, por el convencionalismo que recorre toda la obra. Una vez que has traspasado la primera puerta, cuando ya crees en el mundo de los magos, todo vuelve a ser como antes, con una tediosa repetición del tedioso mundo de los seres humanos normales, y más especialmente, del de los ingleses. Para empezar, no es el mundo de los magos el que descubrimos, sino el de las brujas y los magos: una de tantas acepciones diferentes, en función del sexo: el hombre, mago; la mujer, bruja. Una primera decepción que resulta pequeña al lado de Hogwarts, la universidad o escuela de los niños brujas y magos. ¿Qué necesidad tengo de conocer un mundo nuevo, pero en el que la universidad es igual de reaccionaria, inmovilista y aburrida que las nuestras? Hogwarts reproduce hasta la náusea todos los tópicos de Oxford y Cambridge, y sólo el hecho de que el título que expide sea el de mago o el de bruja la hace diferente: aparentemente diferente. Profesores malos, castigos, ranciedad ambiental... ¿Dónde está la magia? Lo mismo sucede con las asignaturas. Resulta particularmente decepcionante que en una escuela de magos y brujas las asignaturas se reduzcan a todos los tópicos de lo que ya todos sabemos de memoria del mundo de los magos y las brujas: encantamientos, pócimas... Sólo el deporte del Quidditch tiene originalidad. Es una divertida invención que, por desgracia, también Rowling malbarata con unas descripciones que ponen al descubierto que el deporte no es una de sus pasiones.

Esa escasa aportación original es un pobre bagaje. Por lo demás, ningún as-

pecto imaginativo, ni realmente mágico. Si los magos y las brujas son como nosotros, ¿cuál es su interés?, ¿cuál la propuesta nueva?, ¿cuál la alternativa? Si toda la magia del mundo de Rowling es una ampliación de la caja de Magia Borrás de nuestra infancia, ¿por qué tanto ruido editorial y mediático? Y, para acabar, lo que a mi juicio es peor: la peripecia, la aventura, el misterio y la intriga, son una repetición plana y vacía de los telefilmes de cámaras selladas, de los que pasan una docena cada día por las televisiones: telarañas, perros de siete cabezas a los que hay que engañar, trampas mecánicas que no hay que rozar... Indiana Jones, a su lado, es un prodigio de inventiva y originalidad. Dice también Carlo Frabetti que precisamente por este último aspecto fascina y cautiva a los nuevos lectores. Pues qué pena. No es extraño que Hollywood esté ya en plena producción de la primera de las películas que, sin duda, harán del fenómeno uno de los más importantes del cambio de siglo. Recuerdo la trágica anécdota de Michael Ende, vomitando en el preestreno de *La historia interminable*, versión Hollywood. Estoy seguro de que J.K. Rowling no verá traicionado ninguna de sus propuestas, porque poco o nada hay que traicionar en su texto.

En general, y resumiendo, toda la aportación y la frescura que el libro y el personaje prometen se diluyen de inmediato, no conducen a nada. Es posible que en las sucesivas entregas de Harry Potter haya algo más pero, sinceramente, no encuentro fuerzas para buscarlo.

Y hasta aquí mi visión. Sería magnífico que alguien respondiera, desde el otro lado. Sé que hay gente sinceramente entusiasmada, y espero oír sus voces. Porque no me basta que muchos hayan visto que, por fin, su hijo, siente pasión por un libro, por una serie de libros. También los hay seriamente adictos a la serie «Pesadillas». Sin duda, hay una enorme diferencia entre Harry Potter y «Pesadillas», pero precisamente por eso, porque hay un espacio inmenso entre la fascinación que ha provocado Rowling a primera vista, y sus resultados, me he decidido a lanzar esta primera apreciación. Para que haya más. ■

* Gonzalo Moure es escritor.